

**LA DEBILIDAD DEL YO
COMO PRINCIPIO
DE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA**

Dr. Gustavo L. Chiozza

**Instituto de Docencia e Investigación
FUNDACIÓN LUIS CHIOZZA
– Septiembre 2013 –**

Introducción.

Según escribe Strachey en su Nota introductoria al *Esquema del psicoanálisis*, en 1938 Freud se propone «*presentar por última vez las ideas de las que fue creador*» y lo hace como una suerte de «*curso de repaso*» para estudiantes avanzados de psicoanálisis; de ahí, el término «*esquema*», que anteriormente había sido traducido como «*compendio*». Sin embargo, como era de esperar, una mirada de conjunto a la teoría psicoanalítica, desde la perspectiva de sus 82 años, no puede arrojar sólo un simple resumen. En opinión de Strachey, «*para quienes ya se mueven a sus anchas entre los escritos de Freud*», el *Esquema del psicoanálisis* constituye un «*epílogo sumamente fascinante*» que echa «*nueva luz*» sobre todo aquello de lo que se ocupa y todo lo examina empleando «*la terminología más reciente*» (en Freud, 1940a [1938], pág. 137).

Mi intención en este breve trabajo es realizar una tarea similar, aunque mucho más modesta: dar una mirada de conjunto a los principios que fundamentan la metapsicología freudiana y reformularlos utilizando «*la terminología más reciente*» que disponemos hoy, 75 años después de lo escrito por Freud. En un trabajo anterior (G. Chiozza, 1998c), sostenía que en la obra de Luis Chiozza, podía delinearse una metapsicología implícita, distinta de la de Freud, que constituye un cuerpo teórico alternativo, igualmente válido a la hora de dar representación a los hallazgos del psicoanálisis, pero con una mayor economía de principios. De modo que la empresa que hoy me propongo es dar el primer paso de un largo camino que pretende fusionar, en una única teoría, ambos modelos.

Este primer paso consiste, solamente, en situar el fundamento de la teoría metapsicológica en un único principio explicativo: la debilidad del yo. Se trata de un principio implícito en el pensamiento de Freud y que, a partir de allí, ha sido subrayado, entre nosotros, por Luis Chiozza (1970a).

No es necesario que yo destaque aquí que el edificio teórico construido por Freud, durante 50 años de trabajo continuado, da muestras de su solidez y fecundidad en los numerosos investigadores que abrazaron sus

doctrinas y las continuaron. Sucede que, en el largo tiempo trascurrido desde que Freud escribiera sus ideas por última vez, han surgido desarrollos que han sabido iluminar con «nueva luz» algunos de los viejos obstáculos con los que Freud tuvo que lidiar como un pionero solitario. Me refiero, en particular, a los dos obstáculos más importantes que la teoría psicoanalítica tuvo que enfrentar: el problema de la relación psique-soma y el problema de la conciencia.

Sucede también que tan originales y revolucionarias fueron las ideas de Freud, en su época, que una parte importante de sus desarrollos, necesariamente, estaba destinada a debatir las objeciones de sus contemporáneos y suscitar la convicción del consenso. Por ejemplo, debatir y fundamentar, una y otra vez, la necesidad de crear el concepto de psiquismo inconciente. Gracias a la eficacia de sus esfuerzos, toda esa argumentación hoy ya no es necesaria y, por lo tanto, podemos construir –eso espero– una teoría algo más simple.

Antes de adentrarme en los primeros pasos de ese largo camino que, algún día, debería llevarnos hacia una nueva teoría metapsicológica quisiera detenerme en una fundamentación más detallada de por qué creo que la metapsicología freudiana puede simplificarse. Para eso comenzaré por examinar el origen *conceptual* de la metapsicología; es decir, cuáles fueron los primeros obstáculos a sortear y la manera escogida por Freud para hacerlo.

Todos sabemos que el germen del psicoanálisis fue la sagaz intuición de Freud de que los síntomas histéricos tenían un sentido inconciente. Pero lo que mejor revela su genialidad, según creo, no fue tanto esa intuición como su capacidad de elaborar un desarrollo teórico sólido y coherente para sustentar esos hallazgos clínicos. En palabras del propio Freud, hacer de la psicología, una ciencia natural. El resultado de ese esfuerzo admirable es, a mi entender, una teoría brillante.

De modo que el espíritu con el que me aboco a esta tarea –deseo explicitarlo– no es el de «corregir» la tarea de Freud sino, por el contrario, intentar modestamente «emularla», con la ayuda de los desarrollos de sus seguidores.

Los dos principios fundamentales del psicoanálisis.

El descubrimiento de que los síntomas histéricos se originaban en vivencias anímicas que el paciente no podía recordar, obligó a Freud a relegar lo que hasta entonces había sido su objeto de estudio, el sistema nervioso, para centrar su interés en uno nuevo: la vida anímica. Esto implicaba abandonar el suelo firme de la neurología –una ciencia natural– para adentrarse en un terreno muy distinto: el de la psicología.

Quienes hasta entonces habían sido sus maestros –Charcot, Breuer– no quisieron embarcarse en un viaje tan venturoso, capaz de comprometer el prestigio académico alcanzado; de modo que lo dejaron solo. El nuevo panorama debió resultarle, cuanto menos, desconcertante:

«Todo filósofo, poeta, historiador y biógrafo se compone su propia psicología, aduce sus premisas particulares sobre la trabazón y los fines de los actos anímicos, todas más o menos atractivas y todas igualmente inciertas. [...] Es manifiesto que se carece de un fundamento común» (1926e, pág. 179-80).

En opinión de Freud, *«la doctrina de la vida anímica no pudo desarrollarse porque la inhibía un único yerro esencial»*: La psicología equiparaba lo psíquico con lo consciente y dado que la conciencia es un misterio, un hecho en sí inexplicable, la psicología no era más que un terreno incierto en el cuál *«no hay respeto ni autoridad»*, donde *«cada quien puede, a voluntad, hacer “caza furtiva” [...] Todos tienen su vida anímica y por eso se consideran psicólogos. Pero no me parece que ese sea un título suficiente»* (ibíd.).

Para resolver esta situación, Freud se propone nada menos que hacer de la psicología una ciencia natural; y la manera de lograrlo es encontrar el modo de aplicar al nuevo e incierto objeto de estudio, la vida anímica, los conocimientos, más concretos y confiables, que dispone acerca de su anterior objeto de estudio, el sistema nervioso.

Ahora bien, el problema –tal cual lo expresa Freud–, es que *«de lo que llamamos nuestra psique (vida anímica) nos son consabidos dos términos: en primer lugar, el órgano corporal y escenario de ella, el encéfalo (sistema nervioso) y, por otra parte, nuestros actos de conciencia, que son dados inmediatamente y que ninguna descripción nos podría transmitir. No nos es consabido, en cambio, lo que haya en medio»* (1940a [1938], pág. 143).

Dado que uno de los términos es somático –el encéfalo–, y el otro es psíquico –la conciencia–, el problema al que Freud se enfrenta no es otro que el de la relación psique-soma; *«si el pensar humano ha entrado alguna vez en un callejón sin salida, es este»* (Freud, 1940b [1938], pág. 285).

Como un intento de subsanar este hiato, y poder construir una ciencia natural en donde, hasta entonces, no la había, el psicoanálisis establece dos hipótesis, a modo de principios fundamentales *«cuyo examen queda reservado al pensar filosófico y cuya justificación reside en sus resultados»* (1940a [1938], pág. 143). Cada una de estas hipótesis queda enlazada con uno de los dos términos del problema: La primera con el “extremo somático”; la segunda, con el “psíquico”.

La primera hipótesis supone que la vida anímica surge del funcionamiento de un «aparato» que es extenso y compuesto por partes. Aunque se trate de una metáfora y no se refiera concretamente al órgano corporal (el encéfalo o la neurona), esta hipótesis nos presenta a lo psíquico “como si fuera físico”; es decir, como una estructura que, como la materia, ocupa un lugar en el espacio.

La segunda hipótesis, en cambio, considera que la vida anímica –eso que experimentamos en la conciencia– surge de algo que está más allá de la conciencia, pero que, aún así, continúa siendo anímico. En otras palabras, surge de «otra vida anímica» que no experimentamos como tal porque es inconciente.

Ambas hipótesis, entonces, intentan dar cuenta del origen de la vida anímica; pero una y otra ubican ese origen en extremos opuestos de la relación psique-soma. Para la primera hipótesis, lo psíquico surge, no de lo corporal, pero sí de una construcción física metafórica: un aparato extenso. Para la segunda hipótesis, en cambio, lo psíquico conciente surge de lo psíquico inconciente y en ello se continúa.

Como vemos estas dos hipótesis son de muy distinto valor. La primera, al modo de una metáfora, tiene el valor de una «construcción auxiliar» teórica. No se puede demostrar ni se puede refutar; no es verdadera ni falsa. La mantendremos vigente mientras nos resulte útil. *«Tales ideas no son el fundamento de la ciencia, sobre el cual descansaría todo; lo es, más bien, la sola observación. No son el cimiento sino el remate del edificio íntegro, y pueden sustituirse y desecharse sin perjuicio»* (1914c, pág. 75).

La segunda, en cambio, sí constituye «el fundamento de la ciencia»; «el cimiento del edificio», porque surge de la «sola observación». Esas observaciones clínicas tienen para Freud el valor de hechos: *«Para fundar su enunciado, el psicoanálisis invoca una serie de hechos»:*

a) *«las “ocurrencias”, unos pensamientos que afloran a la conciencia de pronto y ya acabados, sin que uno tenga noticias de sus preparativos pero que, no obstante tienen que haber sido actos psíquicos»*,

b) los actos fallidos, en los cuales siempre es posible rastrear *«un acto psíquico, un pensamiento, un deseo, un propósito, capaz de justificar el supuesto error [...] inconciente en el momento en que se exteriorizó su efecto»*, y

c) el hecho de que *«en personas hipnotizadas se puede demostrar experimentalmente que existen actos psíquicos inconcientes, y que la condición de conciente no es indispensable para la actividad [psíquica]»* (1940b [1938], pág. 285-7).

De modo tal que, por un lado, tenemos «hechos» y por el otro «teorías». Los hechos son, como dijimos, esas observaciones clínicas de la vida anímica que forman el cimiento del edificio; es decir, son la «psicología». Las teorías, en cambio, son el intento de representar, a través de metáforas –en este caso físicas–, el origen y acontecer de esa vida anímica. Las teorías, entonces, son como un andamio provisorio que se construye al lado del edificio y por fuera de este. El andamio sirve para construir el edificio, pero no pertenece al edificio. Por este motivo, estas teorías no son la psicología sino algo que se le agrega: la «meta-psicología».

Esto resulta más evidente si tenemos presente que de los dos únicos conocimientos que, al decir de Freud, nos son dados sobre la vida anímica –el encéfalo y la conciencia–, sólo esta última es una evidencia directa. Que el sistema nervioso sea «*el órgano corporal y escenario*» de la conciencia es un razonamiento nacido del positivismo científico.

Cabe que nos preguntemos ahora por qué para la elaboración de estas teorías Freud utiliza una metáfora física. ¿Acaso es un malentendido nacido de la idea positivista de que lo psíquico es el resultado del funcionamiento del sistema nervioso?, de ninguna manera; Freud es muy explícito en el valor metafórico de su aparato anímico. ¿Será entonces que la metáfora física es imprescindible si se quiere hacer de la psicología una *ciencia natural*? Yo no estoy tan seguro, pero por momentos Freud parece suscribir esa idea:

«Nuestro supuesto de un aparato psíquico extendido en el espacio, compuesto con arreglo a fines, desarrollado en virtud de las necesidades de la vida, aparato que sólo en un lugar preciso y bajo ciertas condiciones da origen al fenómeno de la conciencia, nos ha habilitado para erigir la psicología sobre parecidas bases que cualquier otra ciencia natural, por ejemplo la física» (1940a [1938] pág. 198).

Es razonable suponer que a los ojos de Freud, mientras la física de su época avanzaba incesante, suscitando la admiración de los neófitos, la psicología, en cambio, seguía atascada en el atolladero de la conciencia, «*hecho sin parangón, que desafía todo intento de explicarlo y describirlo*» (1940a [1938], pág.155). «*No cualquiera osa formular juicios sobre cosas físicas, pero todos –el filósofo tanto como el hombre de la calle— tienen su opinión sobre cuestiones psicológicas y se comportan como si fueran al menos unos psicólogos aficionados.*» (1940b [1938], pág. 284-5). Cabe imaginarse que Freud, por su naturaleza de «hombre de ciencia», sólo consentiría abandonar el suelo firme de la neurología, si lograba construir para la psicología unas bases tan firmes como las de cualquier ciencia natural.

Esta idea de hacer de la psicología una ciencia natural, utilizando lo físico para representar a lo psíquico, también aparece en el *Proyecto de psicología*. También allí se esgrimen dos supuestos; pero, como podemos

ver, ambos remiten a lo físico: materia y energía. «*El proyecto contiene dos ideas rectoras: [1)] concebir lo que diferencia la actividad del reposo como una Q sometida a la ley general del movimiento, y 2) suponer como partículas materiales las neuronas*» (1950a [1895], pág. 339). (Tengamos presente que para la neurología de la época, el término «neurona» era todavía un novedoso concepto teórico que designaba menos a una parte del cuerpo que al concepto de «unidad funcional del sistema nervioso».)

De modo que utilizar una metáfora física para representar a lo psíquico no resultó una empresa carente de beneficios; los valiosos frutos que ha rendido la metapsicología freudiana no pueden desestimarse. Pero cabe subrayar, para evitar malentendidos, que una metáfora física nunca podrá dar cuenta de la verdadera naturaleza de lo psíquico; «*a lo sumo brindaría una localización precisa de los procesos de conciencia, sin contribuir en nada a su inteligencia*» (1940a [1938], pág. 143).

Mientras tanto, el psicoanálisis por otro carril de pensamiento –el de la segunda hipótesis–, acumula observaciones clínicas que, como subraya Chiozza (1976j), conforman un cuerpo teórico no explicitado ni representado en metáforas físicas, al que este autor da el nombre de *metahistoria*. Pero aún así, la naturaleza de lo psíquico, su verdadera esencia, sigue resultándole a Freud como una mariposa difícil de atrapar. Como subrayé, recientemente en otro lugar (G. Chiozza, 2012b [2011]), sorprende enterarse de que Freud, a sus 82 años, se confiese incapaz de dar una respuesta concreta acerca de qué es lo psíquico:

«Si alguien preguntara qué es propiamente lo psíquico, fácil sería responderle remitiéndolo a sus contenidos. Nuestras percepciones, representaciones, recuerdos, sentimientos y actos de voluntad, todo eso pertenece a lo psíquico. Pero si esa inquisición prosiguiera, y ahora quisiera saber si todos esos procesos poseen un carácter común que nos permitiera asir de una manera más ceñida la naturaleza o, como también se dice, la esencia de lo psíquico, sería más difícil dar una respuesta.

»Si se hubiera dirigido una pregunta análoga a un físico (p. ej., acerca de la esencia de la electricidad), su respuesta –hasta hace muy poco– habría sido: “Para explicar ciertos fenómenos suponemos unas fuerzas eléctricas que son inherentes a las cosas y parten de ellas. Estudiamos estos fenómenos, hallamos sus leyes y aun logramos aplicaciones prácticas. Provisionalmente

nos basta. En cuanto a la esencia de la electricidad, no la conocemos; quizá más tarde, en el progreso de nuestro trabajo, habremos de averiguarla. Confesamos que nuestra ignorancia atañe, justamente, a lo más importante e interesante de todo el asunto, pero ello no nos turba por ahora. Nunca ha sido de otro modo en las ciencias naturales”» (1940b [1938], pág., 284).

De modo que, mientras las observaciones clínicas avanzan bajo la premisa de buscar la comprensión de lo que sucede en la conciencia en lo psíquico inconciente, la metapsicología, por su parte, se afana en dilucidar un arreglo energético entre estructuras que haga más fácilmente representable aquello que arroja la premisa del psiquismo inconciente. En otras palabras, sin poder responder «qué es lo psíquico», la metapsicología, a cambio, nos trata de explicar «cómo funciona».

Pero si bien la naturaleza de lo psíquico está fuera del alcance de los intentos metapsicológicos por representarla y explicarla a través de metáforas físicas, no obstante permanece allí; irreductible, formando parte de la teoría y, sobre todo, dando coherencia, desde la sombra, no sólo a las observaciones clínicas, sino también a la misma teoría metapsicológica.

En efecto, lo que hace que la metapsicología resulte convincente y clarificadora, no es la metáfora física sino la propia naturaleza de lo anímico: el sentido. La metapsicología representa a lo psíquico *aparentando* que se vale únicamente de la cantidad, pero sus logros se deben a que lo cualitativo se «cuela» subrepticamente en la teoría haciéndola comprensible y efectiva. Sólo por medio de lo «cualitativo», la metapsicología «cuantitativa» logra representar a lo psíquico. Veamos lo dicho en un ejemplo concreto:

Una vez establecidas las dos ideas rectoras que enmarcan al *Proyecto de psicología* –la cantidad Q y las neuronas–, todo lo demás descansa sobre una única premisa, muy simple, que es necesario entender y aceptar para poder continuar con lo que sigue; es «*el principio de inercia neuronal*». Este principio enuncia lo siguiente: «*las neuronas procuran aliviarse de la cantidad*» (1950a [1895], pág. 339-40).

Dado que como expresa el mismo Freud «*El propósito de este proyecto es [...] presentar procesos psíquicos como estados cuantitativamente*

comandados de unas partes materiales comprobables» (1950a [1895], pág. 339), creo que tenemos derecho a formular la siguiente pregunta: La expresión «procuran aliviarse» ¿es sólo una figura retórica destinada a embellecer la prosa; una hipálage que, figuradamente, atribuye a un objeto material –la neurona– las cualidades de un sujeto?

A poco de meditar la respuesta vemos que no resulta tan fácil sustituir esa figura retórica por una escritura más acorde a un ensayo de ciencias naturales que describe la distribución energética entre las partes. Efectivamente, sin el «alivio procurado», el principio de que «las neuronas descarguen la cantidad», sin más motivo ni explicación, se vuelve antojadizo; ya no nos sentimos inclinados a aceptarlo sin reservas.

¿Significa entonces que Freud está pensando en la neurona como un sujeto conciente cuyas acciones persiguen el fin de alcanzar un estado afectivo placentero, el alivio? De ser así, en principio, ya estaríamos fuera del «propósito de presentar estados psíquicos como estados cuantitativamente comandados por partes materiales», porque el «procurar» es una intención y el «alivio» es una cualidad.

Pero lo más importante es que si la neurona se comporta como un sujeto, ya no es el principio de inercia neuronal quien nos ayuda a entender la naturaleza de «los actos de conciencia», sino al revés: son los actos de conciencia los que nos permiten comprender el sentido del principio de inercia neuronal. Es el «alivio» lo que da *sentido* a la descarga; lo que la explica y la hace comprensible: una acción justificada; acorde a fines.

Para decirlo más claro, cuando Freud define al displacer como un aumento de cantidad, muy lejos de entender mejor qué es el displacer, lo que estamos entendiendo mejor es qué significado debemos darle, en la teoría, al aumento de cantidad. En otras palabras, en lugar de definir al displacer, hemos «cualificado» el aumento de cantidad. El displacer no necesita definición; constituye uno de esos misteriosos «*actos de conciencia, que son dados inmediatamente y que ninguna descripción nos podría transmitir*» (1940a [1938], pág. 143).

Freud se ocupa de destacar, en reiteradas ocasiones, la importancia fundamental que siempre tuvo para él el factor cuantitativo en sus observaciones clínicas; «*se trata de unas representaciones hiperintensas,*

como en la histeria y en la neurosis obsesiva, donde, como se demostrará, el carácter cuantitativo resalta con más pureza que en el caso normal» (1950a [1895], pág. 339-40). Lo que no aparece suficientemente explicitado es que la cantidad es importante... para *alguien*. Para un *sujeto* a quien esa cantidad significa *displacer*; es decir, una cualidad; un acto de *conciencia*.

A sabiendas de que hacer teorías es construir metáforas que no persiguen la verdad sino la claridad; y a sabiendas de que aunque la cantidad busque representar a la calidad no podemos prescindir de un sujeto conciente que cualifique esa cantidad, entonces ya no necesitamos –como Freud en su *Esquema...*– empezar nuestra teoría por el aparato psíquico.

Podemos ahorrar mucho camino si introducimos de entrada al sujeto y nuestro *principio* fundamental es también el *principio* de una historia. Entonces podemos empezar nuestra teoría diciendo:

«Al principio el yo es débil».

La debilidad del yo como principio explicativo:

Ya tenemos ubicado el comienzo de nuestra teoría en el principio explicativo de la «debilidad del yo». Y también tenemos un fin; una meta o punto de llegada, que es lo que queremos «explicar» con nuestro principio: el objeto de estudio del psicoanálisis es la psique o vida anímica.

Se trata del mismo objeto de estudio que la psicología, pero –según Freud– con la premisa equivocada de que lo psíquico coincide con la conciencia la psicología quedó inhibida en su progreso. El psicoanálisis, por lo tanto, se propone hacer de la psicología una ciencia natural y para esto esgrime dos premisas: un aparato extenso y un psiquismo inconciente.

Como también dijimos, citando a Freud, de nuestra vida anímica sólo sabemos dos cosas. Una es un razonamiento: que la vida anímica está vinculada con el encéfalo. La otra, en cambio, es una evidencia directa: tenemos noticia de nuestra vida anímica por nuestros actos de conciencia. De modo que, en última instancia, esos actos de conciencia son nuestro objeto de estudio. Lo que queremos comprender mejor –eso que también llamamos la vida anímica o lo psíquico– es la conciencia.

«... toda teoría psicológica, además de sus logros en el orden de la ciencia natural, debe llenar un gran requisito. Debe explicarnos aquello de lo cual tenemos noticia, de la manera más enigmática, por nuestra “conciencia” » (Freud, 1950a [1895], pág. 352).

Como subrayamos, para lograr algo más que la psicología, el psicoanálisis «extiende» la vida anímica más allá de la conciencia, postulando un psiquismo inconciente; pero lo hace con el valor de una hipótesis –la segunda hipótesis fundamental–. Lo que en realidad el psicoanálisis quiere entender mejor es qué es lo que sucede en la conciencia. Nótese con qué claridad Freud explica el valor hipotético del psiquismo inconciente hacia el final del *Esquema del psicoanálisis*:

«Por este camino inferimos cierto número de procesos que en sí y por sí son “no discernibles”, los interpolamos dentro de los que nos son concientes y cuando decimos, por ejemplo: “Aquí ha intervenido un recuerdo inconciente”, esto quiere decir: “Aquí ha ocurrido algo por completo inaprehensible para nosotros, pero que si nos hubiera llegado a la conciencia sólo habríamos podido describirlo así y así”» (1940a [1938], pág. 198).

Antes de proseguir con la teoría, nos toca esclarecer mejor los tres elementos que componen el primer enunciado de nuestra teoría: a) el principio, b) el yo, y c) la debilidad.

a) El principio:

Para el DRAE la palabra «principio» posee varias acepciones todas ellas relacionadas entre sí y derivadas de las dos primeras: 1) «primer instante del ser de algo» y 2) «punto que se considera como primero en una extensión o en una cosa». De las otras acepciones, las que mejor definen el tema que nos ocupa son: «base, origen, razón fundamental sobre la cual se procede discurrendo en cualquier materia» y «cada una de las primeras proposiciones o verdades fundamentales por donde se empiezan a estudiar las ciencias o las artes».

De modo que «la debilidad del yo», será entonces, nuestro «principio explicativo»; el punto donde comienza nuestra teoría y la razón fundamental sobre la cual procederemos a discurrir en nuevos argumentos. Es la base donde se apoyará todo lo que sigue y por lo tanto el origen de todo lo demás.

Como vemos, estamos hablando del término «principio» en sentido espacial, tal y como surge de la segunda acepción. En otras palabras, estamos diciendo «Aquí» comienza la teoría. Pero decir «al principio el yo es débil» no es exactamente lo mismo que decir «la debilidad del yo es el principio explicativo»; en esa primera sentencia «principio» alude a la primera acepción del término, en sentido temporal. No se refiere a un lugar, «aquí», sino a un determinado momento, «ahora». No se refiere al

principio de nuestro razonamiento teórico, sino al principio del yo como ser.

Pero ¿cuándo el yo comienza a ser? El origen de un determinado ser vivo sólo se puede establecer por convención. La vida se continúa de un ser a otro y cada uno de nosotros es descendiente del primer ser vivo, parte del cual, aún sigue vivo en nosotros. De modo que esta pregunta debería responderse diciendo que el comienzo del yo es, al mismo tiempo, el comienzo de la vida toda. Otra opción más modesta, es postergar la cuestión de determinar el momento preciso, y referirnos de manera abstracta a un «hipotético instante primitivo»; al cual, con el valor de una metáfora, podemos representarnos, si queremos, con el nacimiento, la vida fetal o el momento de unión de las gametas. Volveremos sobre esta cuestión más adelante.

b) El yo:

Para Freud, el yo es una parte del aparato psíquico o un «*distrito de la vida anímica*»; «*un estrato cortical dotado de los órganos para la recepción de estímulos y de los dispositivos para la protección frente a estos*»; una zona diferenciada del *ello* –la provincia más antigua– por el trato con el mundo exterior (1940a [1938], pág. 144).

Nosotros le daremos un sentido más general, pero que no contradice lo planteado por Freud. Para nosotros sustituye lo que en la metapsicología freudiana se designa como «aparato psíquico»; sólo que en lugar de ser una estructura, un órgano, es más bien un agente encargado de llevar a cabo propósitos. Como dijimos, nuestra intención es introducir de entrada al sujeto en la teoría; pues bien: el yo es ese sujeto. No se trata de «algo» –por ejemplo, un órgano– sino de «alguien» que, por ejemplo, se siente amenazado y quiere protegerse. Por lo tanto representa al organismo vivo en su conjunto, en su condición de «sujeto animado». Por eso también, le damos el nombre de «yo»; porque asumimos que es como nosotros y nos representa.

Como subrayamos en otro lugar (G. Chiozza, 2003e), en muchos pasajes de su obra Freud le da al yo este carácter de sujeto; por ejemplo: «*Para el organismo vivo, la tarea de protegerse contra los estímulos es casi más*

importante que la de recibirlos (...) su principal afán tiene que ser, pues, preservarlas del influjo nivelador, y por tanto destructivo, de las energías hipergrandes que laboran fuera. La recepción de estímulos sirve sobre todo al propósito de averiguar la orientación y la índole de los estímulos exteriores» (1920g, pág. 27).

Como subrayé en aquella ocasión (G. Chiozza, 2003e) lo que diferencia a un objeto de un sujeto, o si se quiere, lo que diferencia a «algo» de «alguien», es justamente la condición de conciencia. Como sostiene Chiozza (2000f), ser sujeto es estar «sujetado» a la sensación y, de acuerdo con Freud, para tener sensaciones es necesario tener conciencia (Freud, 1915e, 1923b). Un sujeto animado es, entonces, un sujeto conciente.

De modo que aquí tenemos un problema: no podemos prescindir de un sujeto si queremos comprender la vida anímica, pero al hacerlo, estamos ubicando en el punto de partida de nuestra teoría, lo que debería ser el punto de llegada: la conciencia. Esto, que es bastante común en las ciencias, se conoce como «petición de principio» y el DRAE lo define como: «Vicio del razonamiento que consiste en poner por antecedente lo mismo que se quiere probar». Modera un poco la significatividad del problema el hecho de que nuestra intención no es «probar» algo, sino solamente «entenderlo mejor». De todas maneras, no podemos desestimar por completo el problema; quizás más adelante podamos traer un poco más de claridad a esta imposibilidad.

c) La debilidad:

Como dijimos siguiendo a Freud, el yo es un agente encargado de llevar a cabo una función: lidiar con los estímulos; protegerse de ellos. Como nuestra intención es introducir al sujeto de entrada, en lugar del término «función», preferimos utilizar la expresión «propósito». Afirmar que «al principio el yo es débil» significa, entonces, que el yo no logra llevar a cabo ese propósito; por lo menos en forma plena o *satisfactoria*. En otras palabras, al principio el yo no puede hacer lo que *debería* hacer: «cancelar satisfactoriamente un estímulo perturbador». De modo que el yo, al principio, es impotente y por lo tanto está en falta. El resultado de esta falta es una insatisfacción a la que podemos dar distintos nombres:

displacer, dolor, daño, impotencia, castración... En síntesis, «al principio el yo es débil» significa para nosotros, «al principio, la insatisfacción». O también, «al principio, la falta», dando así una ubicación precisa, en la teoría, al concepto de primera falta desarrollado por Chiozza (2010)

Hablar de debilidad deja implícito que la misma es relativa a una determinada tarea. Vemos entonces que nuestro principio explicativo lleva implícito un cuarto elemento:

d) El estímulo perturbador:

Este estímulo es ajeno al yo, entendido este como estrato cortical; de modo que los estímulos pueden provenir tanto del mundo exterior como del «mundo interior». Lo llamamos estímulo porque damos por supuesto que, de lograr tramitarlo, el yo crece y aprende; se fortalece. Es decir, es un estímulo para el crecimiento. Por este motivo, Chiozza (1970a), en su metapsicología, le da el valor de un ideal que el yo debe materializar. Pero en su sentido más llano e inmediato, para el yo se trata de una perturbación; de algo que *siente* como una «molestia» y que necesita resolver; algo que demanda de él una «acción específica». Es esta acción específica, destinada a cancelar la perturbación, la que el yo de nuestro principio explicativo, al principio, no puede realizar.

Aclarados los tres términos, que al final –como los Mosqueteros–terminaron siendo cuatro, ya podemos comenzar a teorizar a partir de nuestro principio explicativo.

El hipotético instante primitivo:

Como dijimos, nuestro objeto de estudio es la conciencia; queremos entender mejor qué es la conciencia, para qué sirve, cómo funciona, cómo se originó. Para esto suponemos un punto de origen en el cual, al mismo tiempo que empieza nuestra teoría, empieza también esa vida anímica que queremos conocer. En ese punto o momento de origen colocamos un yo débil; un yo que no puede lidiar satisfactoriamente con el estímulo perturbador.

Nuestro interés empieza en el instante en que el yo no puede. No nos interesa si en un instante anterior el yo podía; porque si podía, entonces no había ningún problema que explicar. Luis Chiozza (2005d [2003]) rescata un concepto de Schrödinger que nos será de mucha utilidad: *«Inconciente es lo que se sabe; conciente es lo que no se sabe y se necesita aprender»*. Si nuestro interés es la conciencia, entonces necesitamos que ella aparezca para que podamos verla en acción; y ella aparece cuando se necesita resolver un problema que, sin ella, no se puede resolver; es decir, un problema que no se puede resolver inconciente, inmediata o automáticamente; por ejemplo, por vía de un acto reflejo en el cual la conciencia del sujeto no participa.

Ahora podemos echar algo de luz sobre el problema de la petición de principio al que nos referimos más arriba. El supuesto error de razonamiento consistía en que pretendíamos explicar el origen de la conciencia utilizado para ello un yo, al que previamente consideramos un sujeto conciente. Cabe aclarar que no estamos utilizando un yo, sino un yo *débil*; y aunque no lo parezca, la diferencia es importante.

Al decir que se trata de un yo débil, estamos afirmando que ese yo no puede lidiar, satisfactoriamente, con un estímulo perturbador; en otras palabras, no puede cancelar la perturbación. De modo que la perturbación es para el yo una sensación conciente de displacer. En el instante anterior a que el estímulo perturbador apareciera, esa sensación displacentera no estaba y por lo tanto, tampoco había problema por resolver. Si no había problema por resolver, tampoco había conciencia; y si no había conciencia, tampoco había sujeto.

De modo que el estímulo perturbador, a la manera de un Big Bang, hace surgir, en un único instante, una serie de conceptos, todos ellos entrelazados e interdependientes; conceptos que no pueden existir el uno separado del otro: El yo débil, la conciencia, el displacer, la perturbación.

Vemos que no hemos cometido el error de poner al principio lo que debería estar al final; lo que ocurre es que hemos descompuesto en una imaginaria sucesión temporal, algo que sucede al mismo tiempo, en un solo instante.

¿Entonces estamos afirmando que la conciencia, la vida anímica, surge junto con la perturbación, así, sin más, de la nada; sin que haya nada previo? Aunque repugne a la razón, lo más sorprendente de este razonamiento es que es lo mismo que afirma la física, que tanto apreciaba Freud, con respecto al Universo. En efecto, la física cuántica –hasta donde alcanzo a comprender– sostiene que el origen de Universo es el Big Bang y que antes de eso no había nada que lo precediera. En un momento dado, de la nada, a partir del Big Bang surge el Universo; en ese instante comienza a existir todo lo que existe y que en el instante anterior no existía.

No conozco mucho de física cuántica, pero podemos verlo más claro si tomamos un ejemplo del terreno anímico: De pronto despertamos en medio de la noche porque un estímulo interrumpe nuestro dormir. Puede ser un estímulo interno, como el deseo de orinar, o externo, como la alarma del vecino. El estímulo ha superado nuestra capacidad de resolverlo inconscientemente, sin despertar. Despertar es aparecer, de pronto, como sujetos concientes; ¿dónde estábamos en el instante anterior a despertar? No lo sabemos.

Despertar y registrar el estímulo son una misma cosa: lo registramos porque estamos concientes (despiertos) y estamos concientes porque lo registramos. De modo que el registro del estímulo, la sensación de displacer que nos ha despertado y el deseo de cancelar el estímulo para seguir durmiendo, son también una sola cosa: sensación, afecto y deseo (G. Chiozza, 2003b).

Si la perturbación no encuentra a un yo débil, entonces no es perturbación; por lo tanto no requiere de la participación del sujeto conciente. Para el yo débil, la perturbación es displacer; y el displacer es, al mismo tiempo, debilidad del yo. Sin conciencia no hay displacer; y sin displacer no hay conciencia, ya que, conciente «es lo que no se sabe y se necesita aprender».

De modo que en el hipotético instante primitivo, en el que comienza nuestra teoría, la perturbación da origen a la vida anímica; a la conciencia. En ese instante hipotético, la conciencia es displacer y debilidad del yo. Es impotencia y es falta.

Vistas las cosas así, ya no necesitamos de un hipotético instante primitivo. En los mismos términos podemos, si queremos, referirnos al comienzo de la vida toda, tal cual lo hace Freud en *Más allá del principio del placer*: Eros como una perturbación de lo inorgánico (lo inconciente); un despertar de la conciencia, de la vida anímica, del sujeto animado. Una perturbación displacentera que busca cancelarse, para lo cual debe ser agotada viviendo. Lo que diferencia a la materia inorgánica de un ser vivo, un sujeto animado, es que un ser vivo siente el displacer de tener que resolver algo difícil, que lo perturba. La vida anímica sucede en la dificultad; con la conciencia enfocada en lo que falta.

Si no hay dificultades a resolver, la vida se apaga. Lo que podemos solucionar, de manera inmediata y perfecta (como por ejemplo, la presión ortostática) nos convierte en máquinas perfectas. En lugar de sujetos concientes, nos convertimos en «objeto» de un pensamiento anterior. En lugar de ser autores de nuestro obrar, somos obra del *ello*; de la Naturaleza.

Esta hipótesis que coloca la dificultad en primera instancia, también coincide con la idea freudiana de que el displacer precede al placer, ya que el placer de la descarga requiere una carga previa. Entonces para que haya una sensación placentera debe haber una conciencia que sienta esa sensación; y esa misma conciencia es, en su origen, displacer, necesidad de lidiar, debilidad, impotencia, no-saber, falta.

Este esquema se enriquece si consideramos la posibilidad de una estratificación, en múltiples niveles, para la vida anímica. Situaciones que no son un problema para mí, y que por lo tanto no requieren de la participación de mi conciencia para ser resueltas, pueden representar un problema a resolver en otros niveles de funcionamiento. De modo que lo que para mí es inconciente, por ejemplo, el reflejo patelar, puede ser conciente a nivel de la médula espinal. El movimiento reflejo no es una acción que *yo* decido y ejecuto sino algo que me sucede: es *ello* que mueve mi pierna. La necesidad teórica de considerar que una parte importante del yo es inconciente significó un gran avance en la teoría freudiana. De esto no nos ocuparemos ahora ya que así lo hicimos, extensamente, en otro lugar (G. Chiozza, 2003e).

Ahora podemos pasar al siguiente paso de nuestra teoría: el instante siguiente a aquel hipotético instante primitivo, en el cual el yo no puede lidiar con la perturbación.

Acción, pensamiento y percepción:

Como dijimos, la debilidad del yo es relativa al estímulo perturbador o, lo que viene a ser lo mismo, a la tarea de cancelarlo: la acción eficaz. De modo que mientras el yo sea débil y la perturbación persista, no puede haber acción eficaz. En otras palabras, lo que llamamos debilidad es sinónimo de ineficacia.

Podemos conjeturar entonces que a un mismo tiempo que el yo débil siente el displacer de la perturbación, la primera acción, ineficaz, consiste en un mero intento de descarga o huida. Una acción del tipo convulsiva, que persigue el fin de «sacudirse» o «sacarse de encima» la perturbación. Podemos imaginarnos a un neonato que, frente a una molestia, impotente, llora.

Si en este punto quisiéramos recurrir al concepto de Freud de la «asistencia ajena», nuestras conjeturas sólo servirían para la vida anímica posterior al nacimiento. Lo mismo sucedería si introducimos aquí la satisfacción alucinatoria, ya que aún no tenemos una huella de una pasada experiencia de satisfacción. Nuestra intención es desarrollar una teoría de la vida anímica desde sus comienzos y, por ahora, nos hallamos en el instante siguiente a aquel otro en el cual «todo comienza». Debemos arreglarnos con lo poco que tenemos.

La conciencia ha sido llamada a resolver un problema: algo que no sabe y que necesita aprender. La acción inmediata de «mera descarga» rara vez da resultado; por lo tanto la perturbación continúa y el displacer permanece o aumenta.

En este punto quizás podríamos incluir el tema de las defensas: la negación del estímulo perturbador, que viene a ser lo mismo que la negación de la debilidad o el displacer. Maníacamente, y por contrafigura

de la debilidad, el yo crea un estado ilusorio de omnipotencia. Luego incluiríamos la irresponsabilidad paranoica que, colocando todo lo malo afuera, configura el yo de placer puro. Luego de esto, el movimiento inverso que conocemos como extorsión melancólica: la vuelta de lo malo al yo, quedando lo bueno del lado del estímulo, configurándolo a este como un ideal.

Pero quizás resulte mejor posponer un poco más la consideración de las defensas y proseguir con el intento de lograr la acción eficaz. Recordemos que estamos construyendo una teoría que no persigue la verdad sino la claridad; se trata de hilvanar, en una historia, una sucesión coherente de eventos.

Podemos suponer, entonces, que, más tarde o más temprano, el yo abandona su conducta ineficaz. La acción cesa por medio de una inhibición de la reacción, casi automática, de «mera descarga». Este es el primer aprendizaje: inhibir la acción. De la inhibición de la acción, Freud extrae dos conceptos relacionados: a) la acción a pequeña cantidad es pensamiento, y b) la inhibición del polo motor favorece la investidura del polo perceptual.

El yo, en lugar de intentar canalizar la descarga de todo el displacer a través de la acción, intenta moderarse y ejecutar las acciones de manera tentativa; a modo de ensayo, intentando evaluar sus resultados. Esta evaluación, en un principio, la podemos suponer ligada a las sensaciones; evaluar si acorde a lo actuado tentativamente, el displacer aumenta o disminuye.

Paulatinamente, los movimientos se ejecutan cada vez con menos energía, hasta convertirse sólo en imágenes de movimiento. Estas acciones ejecutadas a muy pequeña cantidad, inauguran el ámbito del pensamiento y de las representaciones: *imaginar* qué sucederá si hago esto, o esto otro; anticiparse...

Para poder elaborar estos pensamientos con mayor eficacia el yo necesitará conocer mejor a aquello que lo perturba, la fuente del displacer, y recién ahora entran en juego las percepciones. Como citábamos párrafos atrás, en opinión de Freud, «*Para el organismo vivo, la tarea de protegerse contra los estímulos es casi más importante que la de*

*recibirlos [conocerlos]» (Freud, 1920g, pág. 27). En otras palabras, la percepción surge de la sensación y, por lo tanto, la sensación es la que da al objeto percibido sus primeras cualidades. Lo primero que el yo percibe del objeto es su cualidad de ser *displacentero*.*

«En su actividad [el yo] es guiado por las noticias de las tensiones de estímulo presentes o registradas dentro de él; su elevación es sentida en general como un displacer, y su rebajamiento, como placer» (Freud, 1940a [1938], pág. 144).

En una ocasión anterior (G. Chiozza, 1999a), suponía que sensaciones y percepciones eran, en un principio, una misma cosa, resultado de la perturbación de la superficie limitante entre mundo interno y mundo externo. Sólo ulteriormente se separaba un fenómeno del otro. Una misma perturbación de la superficie limitante puede ser interpretada en términos de experiencias subjetivas (por ejemplo, la sensación de ser pinchado), u objetivarse, a partir de ella, una presencia en el mundo externo (por ejemplo, la percepción de un alfiler). Años más tarde (G. Chiozza, 2003e), afirmaba que la conciencia era ante todo sensación; que la sensación era el verdadero núcleo de la conciencia.

Siguiendo esas ideas, podemos pensar que el interés más inmediato del yo, luego de su encuentro con el estímulo perturbador, está en aquello que experimenta como sujeto; es decir, la sensación. Sólo en un momento posterior, y dada la incapacidad para hacer cancelar el displacer que el estímulo perturbador le provoca, el yo se aviene a la tarea de conocer al objeto que lo perturba; *«averiguar la orientación y la índole de los estímulos exteriores» (1920g, pág. 27)*. Según Freud, lo hace sólo por necesidad y siempre a los fines de cancelar una sensación displacentera.

«El vínculo con el mundo exterior se ha vuelto decisivo para el yo (...) Para cumplir esta función [de protección], el yo tiene que observar el mundo exterior, precipitar una fiel copia de este en las huellas mnémicas de sus percepciones, apartar mediante la actividad del examen de realidad lo que las fuentes de excitación interior han añadido a ese cuadro del mundo exterior» (Freud, 1933a [1932], pág. 70).

La última fase en la tarea de construir una huella mnémica del objeto es apartar de la imagen del objeto lo que la sensación ha añadido, subjetivamente. Si lo colocamos en una serie temporal, lo primero que el yo registra en su conciencia es la sensación displacentera. En segunda instancia, la necesidad de protegerse, lo lleva a intentar conocer el objeto que lo perturba. La primera imagen que construye del objeto es, al principio, una imagen puramente *subjetiva*, según la cual, el objeto es definido, básicamente, por las sensaciones que provoca en el yo: se trata de un «objeto displacentero». Sólo más tarde, y de manera paulatina, quitando «*lo que las fuentes de excitación interior han añadido a ese cuadro del mundo exterior*», el yo logra componer una imagen más acorde con la realidad.

Esta última tarea es lo que Freud llama «examen de realidad». La eficacia del examen de realidad parece depender menos de la capacidad para percibir correctamente, que de la capacidad de no dejarse influir, desmedidamente, por lo que el yo *siente* frente a lo que percibe –lo que en otra oportunidad llamé *identidad de sensación* (G. Chiozza, 1999a)–. Lograr un examen de realidad más objetivo y no tan subjetivo. Se trata, como vemos, de una versión teórica de lo observado en los fenómenos transferenciales.

En síntesis, el primer aprendizaje del yo es inhibir la acción ineficaz. Gradualmente, esta inhibición lo vuelca hacia el pensamiento, donde en primera instancia se representa una imagen de la acción y luego, incluye en esa imagen la percepción del estímulo perturbador; al principio en forma subjetiva y, de a poco, más objetivamente.

Cuanto más adecuadamente el yo conozca la índole del estímulo perturbador, más chances tendrá de lograr, por fin, la acción eficaz que cancele la perturbación, cambiando displacer por placer. Si lo logra plenamente, luego del placer de la descarga, se retorna al estado de reposo y la conciencia se apaga. El sujeto de nuestro ejemplo, despertado por el estímulo, regresa al sueño reparador.

Pero también puede suceder que, en algún punto de ese camino que lleva a la representación «adecuada» del estímulo perturbador, o aún disponiendo de ella, el yo no sea capaz de lidiar con la magnitud del estímulo. Aquí podríamos incluir lo que párrafos atrás habíamos pospuesto: las defensas.

Podemos conjeturar que el siguiente intento consiste en repetir lo realizado con la acción, pero ahora con la percepción. Es decir, inhibir la percepción.

Se trataría de un movimiento defensivo; una acción «dentro de sí» que escinde y disocia la percepción del estímulo, junto con la debilidad y el displacer. Como dijimos antes, es un modo de negar el estímulo y afirmar, en cambio, un estado ilusorio, construido por contrafigura del estado de debilidad y displacer. El tema de las defensas y sus distintas modalidades y estratificaciones inaugura un nuevo capítulo en nuestras consideraciones; un capítulo que pospondremos para otra ocasión.

BIBLIOGRAFÍA

- Chiozza, Gustavo 1998c, "Consideraciones sobre una «metapsicología» en la obra de Chiozza", Simposio 1998, Fundación Luis Chiozza, Bs. As., enero de 1998.
- Chiozza, Gustavo 1999a, "Acerca de las relaciones entre presencia, ausencia, actualidad y latencia", Fundación Luis Chiozza, Bs. As., diciembre de 1999.
- Chiozza, Gustavo 2003b, "El deseo y el afecto. Dos aspectos de la sensación", Simposio 2003, Fundación Luis Chiozza, Bs. As., enero de 2003.
- Chiozza, Gustavo 2003e "El psicoanálisis frente al problema de la conciencia", presentado en el Instituto de Docencia e Investigación de la Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, agosto de 2003. Inédito
- Chiozza, Gustavo 2012b [2011] "Dos maneras de entender lo qué es psíquico", Simposio 2012 de la Fundación Luis Chiozza, enero de 2012.
- Chiozza, Luis 1970a *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, Kargieman, Buenos Aires, 1970. Reimpresión por Paidós, Buenos Aires, 1976.
- Chiozza, Luis 1976j "Prólogo y epílogo a la primera edición de *Cuerpo afecto y lenguaje*", en Luis Chiozza, *Cuerpo, afecto y lenguaje*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.
- Chiozza, Luis (2000f) "Presencia, transferencia e historia", en L. Chiozza, *Presencia, transferencia e historia*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2000.
- Chiozza, Luis (2005d [2003]) "La conciencia", en Luis Chiozza Obras Completas, tomo VII, Ed. Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2008.
- Chiozza, Luis (2010) *Cáncer ¿Por qué a mí, por qué ahora?*, en Luis Chiozza Obras Completas, tomo XIX, Ed. Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2011.
- Freud, Sigmund 1915e "Lo inconciente", en *Freud obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.
- Freud, Sigmund 1914c, "Introducción del narcisismo", en *Freud obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.
- Freud, Sigmund 1920g *Más allá del principio del placer*, en *Freud obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.
- Freud, Sigmund 1923b *El yo y el ello*, en *Freud obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.
- Freud, Sigmund 1926e "*¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?*", en *Obras completas*, Tomo XX, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.
- Freud, Sigmund 1933a [1932] *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *Freud obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.
- Freud, Sigmund 1940a [1938] *Esquema de psicoanálisis*, en *Freud obras completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.
- Freud, Sigmund 1940b [1938] "Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis", en *Obras completas*, Tomo XXIII, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.
- Freud, Sigmund 1950a [1895] "Proyecto de psicología", en *Los orígenes del psicoanálisis*, en *Obras completas*, Tomo I, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.